EN RECUERDO DEL P. FRANCESC GAYÀ

13 SEPT. 1929 - † 20 MARZO 2021

Madrid, 21 de marzo de 2021.

Nos hemos levantado esta mañana con la triste noticia del fallecimiento del P. Francesc Gayá Bauzà en Santiago de los Caballeros (Rep. Dominicana), ciudad en la que residía hace ya unos cuantos años.

Había nacido en Vilafranca de Bonany (Mallorca) un 13 de septiembre de 1929, hijo de Juan y de Catalina. Tenía, por tanto, 91 años de edad.

Ingresó en el Noviciado de La Real el 14 de septiembre de 1944 y pronunció sus primeros votos el 8 de septiembre de 1946. Tras cursar sus estudios de Filosofía y Teología en Lluc fue destinado a Roma, donde residió hasta 1956 obteniendo allí sendas licenciaturas en Teología y en Historia Eclesiástica. Su ordenación presbiteral tuvo lugar en la misma Ciudad Eterna el 4 de abril de 1953.

Sus primeros años de ministerio transcurrieron entre Lluc, Artajona, Valencia y Madrid, donde fue profesor del COP en dos periodos diversos. En el segundo de ellos (1960-66) desempeñó además las funciones de encargado de internos, administrador y prefecto de disciplina. En aquellos tiempos en los que aún tenía vigencia aquello *de 'la letra con sangre entra'*, los hay que todavía lo recuerdan como educador cercano y respetuoso con los alumnos que le habían sido confiados.

La mayor parte de su vida transcurrió, no obstante, en la República Dominicana donde fue destinado, tras un breve paso por el Seminario de Río IV (Argentina), en 1968.

Pero la intención de quien redacta estas líneas no es la de trazar una detallada semblanza del P. Francesc. Me mueven razones mucho más personales, dado que fue él quien casó a mis padres y derramó sobre mi cabeza las aguas del bautismo. Vayan pues estas líneas como un humilde homenaje a su persona.

El primero de los hechos mencionados tuvo lugar en la Parroquia Santísima Trinidad de Madrid un 16 de julio de 1963. No pudo ser en la capilla del COP, como hubie-

ran deseado los contrayentes, a causa de la negativa del párroco que aplicó con severidad la normativa al uso.

A pesar de que el P. Gayà llevaba ya unos cuantos años de sacerdote, parece que aquella fue la primera vez en su vida en que asistía a un matrimonio, por lo que se encontraba algo nervioso. En efecto y según confidencia de mi madre, a la que él se dirigió como era costumbre con el apelativo de *'señorita Antonia'*, también llamó a mi padre *'señorito Emilio'*, lo cual seguramente hizo sonreír a alguno de los presentes.

El segundo acontecimiento tuvo lugar en aquel mismo lugar al año siguiente, el 14 de junio de 1964. Un hecho del que, evidentemente, no guardo ningún recuerdo, pero sí alguna fotografía que da fe de lo que digo.

Después de aquel día ya no volví a ver al P. Francesc hasta el año 1992 en el que, siendo yo un novel sacerdote recién ordenado, participé en un *Encuentro de Formación* para jóvenes MSSCC que tuvo lugar en 1992 en República Dominicana, mientras se celebraba el Vº Centenario del Descubrimiento.

Con tal ocasión pude por fin encontrarme personalmente con mi 'bautizador'. Y lo hice en dos ocasiones. La primera de ellas a mi llegada al país, de paso para Montecristi, donde residimos la mayor parte del tiempo durante aquel recordado verano dominicano. La segunda, cuando visitamos el famoso *Molino de San Fernando*, que formaba parte del proyecto que el P. Francesc llevaba adelante con los campesinos de la Línea Noroeste en la que, a decir de alguno, él mismo se había 'sembrado' como el grano de trigo del que habla el Evangelio de hoy.

A todos nos impresionó entonces escuchar de sus propios labios el relato de su tarea a favor de los más olvidados. El P. Francesc se encontraba entonces en plenitud de facultades y era conocido en todo el país por su valiente defensa de los derechos de un colectivo socialmente tan castigado como el de los agricultores.

La acogida que se nos dispensó por parte de los campesinos implicados en el proyecto fue inmejorable. Recuerdo la reunión en la que el mismo P. Francesc y otros colaboradores nos informaron sobre los objetivos y el alcance de su trabajo. Y, por supuesto, la magnífica comida que nos prepararon y disfrutamos en medio de los platanares de los Bateyes montecristeños. Una experiencia inolvidable.

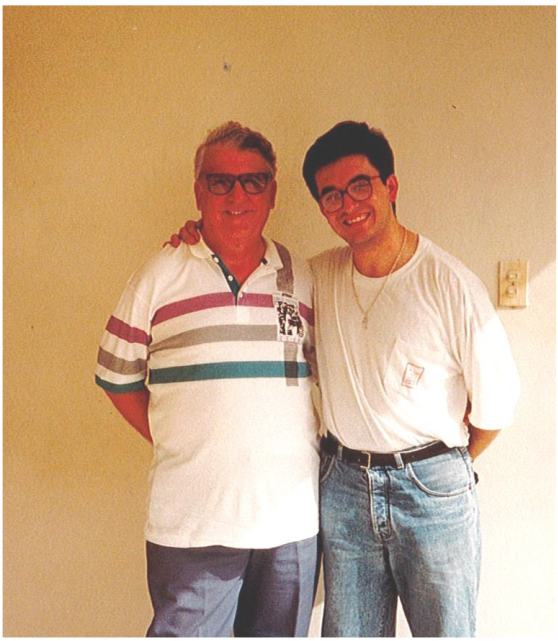
Después de aquello pasaron otra vez muchos años sin ver personalmente al P. Francisco Gayà, aunque es posible que me encontrara con él en alguna de las ocasiones en que viajó a Mallorca para disfrutar de unas merecidas vacaciones. Sinceramente, no lo puedo recordar.

Hasta que, a raíz de mi nombramiento como Visitador General, volví a tener la oportunidad de verlo con una frecuencia casi anual, primero en la Comunidad de Fantino y después en la de Santiago de los Caballeros.

Me llamaba la atención que, a pesar de la edad -pasaba ya de largo los ochenta-, conservaba toda su lucidez y fortaleza, amén de esa vigorosa personalidad y ese carácter un tanto impetuoso que no pocas veces le habían provocado ciertos encontronazos y conflictos -a veces incluso incomprensiones - en sus relaciones.

Ahora que ya no podía ocuparse como antaño en su compromiso con los más pobres, dedicaba más tiempo a la oración y a la lectura. En alguna ocasión me comentó que estaba descubriendo y gozando la riqueza de nuestro Oracional congregacional.

Muchos días asistía yo a la misa matutina que celebraba en la parroquia de Fantino y siempre me admiró el modo a la vez digno y cercano con el que celebraba la Eucaristía y el acierto y la claridad con los que sabía



comentar la Palabra para que llegara a la gente sencilla que le escuchaba.

No eran pocos los días en los que ejercía en comunidad el oficio de cocinero, en el que por cierto mostraba cualidades notables, sorprendiéndonos con unas comidas muy bien preparadas, sobre todo a la hora de la cena.

Pude comprobar por mí mismo el afecto y adhesión que seguía despertando su persona entre quienes lo conocieron en sus mejores años y muy especialmente entre sus queridos agricultores, a quienes no dejó de visitar con frecuencia hasta el final de sus días. Supongo que no le era fácil renunciar

del todo a una etapa de su vida en la que se había sentido tan útil y realizado. Recuerdo, incluso, que una señora de muy buena posición vino a visitarme empeñada en que yo lo volviese a destinar a Montecristi, donde había desempeñado tan buena labor años atrás.

Aparte de la dichosa *'culebrilla'* (herpes zóster), que a veces se le despertaba, provocándole episodios de dolor y malestar que debían resultarle especialmente molestos, presumía de encontrarse estupendamente de salud.

Hasta que hace pocos días nos enteramos de su ingreso en el hospital, confirmándose después que había contraído el Covid-19. Finalmente ha sido el dichoso virus el que ha logrado doblegar su fortaleza, tal y como sucedió hace ya casi un año con el P. Vicente Elío, su querido compañero, por cuya salud él se interesó personalmente con una llamada telefónica a la comunidad del COP.

Hoy mismo, en el día en que los MSSCC recordamos el aniversario de la ordenación de nuestro Fundador, he recibido las condolencias de las Misioneras de los Sagrados Corazones que tanto le apoyaron en su tarea y quienes, a través de su Superiora General, la Hna. Lilian Carrasco, me han hecho llegar el siguiente testimonio de Mons. José

Grullón, actualmente Obispo emérito de San Juan de la Maguana:

'Es mi amigo. Murió un hombre grande, por su amor a los campesinos. Gran organizador, trabajador incansable. Hecho de roble, resistente a todo atropello. Él quería venir a hacerme la visita. Nos juntaremos en el cielo'.

Son palabras que retratan muy bien lo que la figura del P. Francesc Gayà suscitó en quienes le conocieron. Yo no sabría añadir mucho más.

Descanse para siempre en el regazo amable de los Sagrados Corazones.

P. Emilio Velasco Triviño, MSSCC.